

sus aguas fueron teñidas en un encuentro de las tropas británicas contra los indios y los franceses durante la guerra de 1763.

LAS TRES HILANDERAS.

(CUENTO ALEMÁN.)

Érase cierta jovencuela perezosa que nunca quería hilar. Su madre se había encolerizado de veras muchas veces por esta razón, sin conseguir nada de provecho. Ya un día perdió hasta tal punto la paciencia, que llegó á golpearla de lo lindo á punto de que la muchacha se puso á llorar á grandes gritos. En esta sazón acertó á pasar por allí la reina, y oyendo tales lamentos, entra en la casa y pregunta á la madre por qué motivo castigaba tan duramente á su hija, que sus voces alborotaban la calle. La mujer tuvo empacho en sacar á relucir la pereza de su hija, y dijo por lo tanto:

—Es porque nunca quiere dejar el huso de la mano: hilar y más hilar, siempre lo mismo; pero yo soy pobre, y no me es posible dar abasto á tanto hilo como consume.

—Loado sea Dios, respondió la reina; á mí no hay cosa que más me agrade que una rueca; pues, ¿y dónde me dejas el ruido encantador del torno? Dame, dame tu hija, que me la quiero llevar á palacio: allí encontrará lino en abundancia y podrá hilar todo cuanto quiera.

La madre consintió llena de alegría, y la reina llevó consigo á la muchacha.

Así que llegaron á palacio, hízola entrar en tres salones que estaban llenos del más hermoso lino desde el pavimento hasta el techo.

—Hila todo esto, díjole la reina, y cuando hayas acabado te casaré con mi hijo mayor. No te inquietes por tu pobreza; tu ardor por el trabajo es un dote muy suficiente.

La jornalera no replicó lo más mínimo; pero interiormente se hallaba consternada, porque aún cuando trabajase trescientos años seguidos desde la mañana hasta la noche, sería imposible agotar aquellas montañas de lino. Cuando se vió sola la cuitada rompió á llorar, y estuvo así tres días sin mover pié ni mano, ni tener traza de dar comienzo á la tarea. Al tercer día la reina vino á visitarla, y admiróse mucho al ver que nada había hecho todavía; mas la muchacha se disculpó alegando la pena de haber dejado la compañía de su madre. La reina afectó darse por satisfecha con dicha razón, mas no sin que dijera al despedirse:

—Cuidado, niña; mañana, sin falta, es preciso que empieces á trabajar.

Tan luego como la muchacha se encontró sola, no sabiendo otra cosa mejor que hacer, en su turbación se puso á la ventana. Y estando curioseando en ella vió venir tres mujeres, de las cuales la primera tenía uno de los piés disforme y aplastado; la segunda un labio inferior tan grande y tan caído, que la cubría y aún traspasaba la barba, y la tercera un dedo pulgar larguísimo y aplastado. Colocáronse las tres delante de la ventana, y elevando hácia ella los ojos preguntaron á la jovencuela si tenía alguna cosa que man-

darlas. Contólas desde luego sus pesares, y las tres la ofrecieron ayudarla en tan dilatada tarea.

—Si nos ofreces, la dijeron, convidarnos á la boda, darnos el nombre de primas tuyas sin avergonzarte y asiento en tu mesa, nosotras te hilaremos todo ese lino que dices, y te aseguramos que será muy pronto.

—Con mil amores, respondió la jóven; subid, subid y comenzad en seguida.

Introdujo, pues, en palacio á las tres singulares mujeres, y arregló un sitio en la primera sala para que se instalasen. Dispuestas así las cosas, nuestras hilanderas pusieron desde luego manos á la obra. La primera hilaba el lino haciendo voltear el torno; la segunda mojaba el hilo; la tercera le torcia, le apoyaba sobre la mesa con su dedo pulgar, y á cada golpe que daba con él caía por el suelo una madeja de hilo, fino y luciente como la seda.

Cada vez que entraba la reina, la muchacha, escondiendo á sus hilanderas, mostraba á aquella los adelantos del trabajo, con lo que la reina no volvía en sí de admiración. En cuanto se vió vacía la primera sala, pasaron á la segunda y despues á la tercera, que se vieron asimismo limpias en un decir Jesús.

Entónces las tres operarias se fueron á la muchacha, y la dijeron:

—No olvides tu promesa, y te irá bien.

Luego que la muchacha enseñó á la reina los salones vacíos y el lino en disposición ya de tejerse, se fijó el día de la boda. El príncipe se hallaba encantado de tener una esposa tan hábil y tan trabajadora, y la amaba con calor.

—Yo tengo tres primas, le dijo ella por fin, á quien debo mucho bien, y que no quisiera abandonar en mi ventura: permitidme que las convide á nuestra boda y ofrecerlas asiento á nuestra misma mesa.

La reina y el príncipe no tuvieron en ello inconveniente.

El día de la fiesta llegaron las tres mujeres magníficamente ataviadas, y la novia les dijo:

—Queridas primas, seais muy bien venidas.

—¡Ah! la dijo el príncipe, en verdad que tienes unas primas bastante feas.

En seguida, volviéndose á la del pié disforme, la preguntó: ¿Cómo es que tienes un pié más largo que otro?

—Por estar siempre rodando el torno, me encuentro ahora con este adorno.

Despues preguntó á la segunda: ¿Cómo tienes tan caído ese labio?

—Por estar siempre mojando el hilo, tengo así el labio, cual ves, en vilo.

Dirigiéndose por último á la tercera, preguntóla de dónde procedía la dilatación de aquel dedo:

—Por estar siempre, siempre torciendo, hasta este grado se ha ido extendiendo.

Espantado el príncipe ante semejante perspectiva, declaró que de allí en adelante su esposa jamás tocaría un huso y un torno, con lo que se vió ella libre para toda su vida de tan enojosa ocupación.

(De los hermanos Grimm.)